

“Sobre la Guerra Híbrida”

El concepto de guerra híbrida genera disensos. Algunos expertos consideran que no existen razones suficientes para buscar nuevas denominaciones, otros sostienen que el conflicto híbrido es el producto natural de la adaptación de la guerra irregular y la guerra asimétrica al mundo actual. Muchos expertos alertan de que este concepto corre el riesgo de perder su valor explicativo al haberse popularizado para definir cualquier actividad realizada por un Estado o actor no estatal sin cruzar claramente la frontera entre paz y guerra, poniendo ejemplos tan dispares como las intervenciones rusas en Crimea o Ucrania, sus acciones de desestabilización en su área de influencia directa o las operaciones informativas en muchos puntos del planeta.

El término guerra híbrida fue empleado por primera vez en un documento oficial tres años después para explicar la combinación de dos o más amenazas de tipo tradicional, irregular, catastrófico o disruptivo¹. Aparece también en un artículo titulado «La guerra del futuro: la llegada del conflicto híbrido», escrito por James N. Mattis, junto con el teniente coronel Frank G. Hoffman, aún como un elemento teórico, pero fue en la guerra de 2006 entre Israel y Hizbulá cuando pareció tener lugar su primera expresión concreta. Las intervenciones de Moscú en Crimea y Ucrania o sus operaciones de información en varios países occidentales, hicieron que la guerra híbrida trascendiera la frontera del debate estratégico para convertirse en un vocablo de uso común en medios no especializados.



A pesar de haberse popularizado para definir una clase de conflicto que combina el empleo de medios regulares e irregulares, la guerra híbrida no es el único concepto barajado actualmente para explicar la transformación de los conflictos. Al contrario, junto con la popularización del concepto de «zona gris» para referirse a cualquier actividad militar o no militar ejercida con más o menos ambigüedad en la amplia franja que existe entre la paz y la guerra abierta pero sin constituir un casus belli, la amenaza híbrida es la más reciente y sugestiva de una larga serie de expresiones (entre las que destacan los conflictos de cuarta y quinta generación, de tres bloques, posmodernos, compuestos, entre la población, complejo-irregulares o sin restricciones) concebidas desde el fin de la Guerra Fría para definir las nuevas guerras del siglo XXI.

Estos conflictos, calificados como típicos del mundo globalizado y entre los que se citan los Balcanes, Chechenia, Afganistán, Irak, Líbano, Sri Lanka, Crimea o Ucrania como casos más significativos,

son presentados como novedosos por numerosas razones: por los actores involucrados (Estados interviniendo de manera directa o delegando su actuación a agentes domésticos, guerrillas, terroristas, redes criminales o contratistas militares privados), los medios utilizados (armas sencillas empleadas de manera novedosa, sistemas sofisticados trasferidos por los Estados, armas pesadas o tecnologías de uso dual disponibles en el mercado), las tácticas empleadas (acciones convencionales limitadas, actos terroristas, insurgencia, ciberoperaciones, ocultación y engaño o propaganda multicanal), los multiplicadores usados (sistemas de posicionamiento, inteligencia de señales (SIGINT), de fuentes abiertas (OSINT) y de redes sociales (SOCMINT), RPAs, comunicaciones avanzadas o ciberataques) o las fuentes de financiación manejadas (actividades legales y delictivas con estrecha colaboración con el crimen organizado).

Estas características hacen que las nuevas guerras del siglo XXI sean aparentemente muy distintas de los conflictos más representativos (pero en absoluto los únicos) de la Era Moderna o Contemporánea, donde existía una declaración formal de guerra que impedía el surgimiento de «zonas grises» y donde los ejércitos regulares pertenecientes a un Estado-nación combatían de manera directa. No es extraño imaginar que cualquier adversario, cuando se enfrente a un ejército occidental, intentará aprovechar las oportunidades que le brinda el mundo globalizado para explotar las limitaciones del estilo occidentalizado de combatir, fundamentado éste en la supremacía tecnológico-militar y en el cumplimiento de las leyes y costumbres de la guerra para lograr victorias rápidas, decisivas, contundentes y sin apenas bajas propias ni daños colaterales.

En consecuencia, tal y como ha sucedido desde la Antigüedad clásica, ante la imposibilidad de medirse con un ejército avanzado el enemigo utiliza tácticas asimétricas, se confunde entre la población, actúa ajeno a los usos y costumbres de la guerra e intenta que sus actividades tengan los mayores efectos estratégicos posibles mediante una eficaz explotación informativa de sus actos.

Por lo tanto, ante un escenario marcado por la supremacía militar de los ejércitos regulares avanzados, cualquier oponente (desde los paramilitares albanos-kosovares contra Serbia y esta contra la Alianza Atlántica, las guerrillas chechenas contra Rusia, las milicias de Hamás y Hizbulá contra Israel, la insurgencia talibán, la resistencia iraquí o Dáesh contra sus enemigos hasta potencias como China o Rusia, conocedoras de su inferioridad militar convencional respecto a Estados Unidos o la Alianza Atlántica) se ve obligado a adaptarse y plantear respuestas que mitiguen esta superioridad y exploten las debilidades políticas, sociales, jurídicas, morales, económicas, demográficas o militares de estos adversarios aparentemente imbatibles en el terreno convencional.



¹ Department of Defense: National Defense Strategy of the United States of America. GPO, Washington DC; 2005

Mientras cualquier oponente estatal o no estatal parece hacer gala de un realismo extremo y sabe aprovechar sus fortalezas y minimizar sus debilidades, las sociedades occidentales han abrazado los valores postmodernos y postmaterialistas los cuales impiden ver el mundo como algo complejo y peligroso, donde el poder, el interés y la ambición pueden provocar choques violentos y donde las controversias internacionales pueden resolverse pacíficamente con arreglo al derecho internacional. Es por esta razón que nuestras sociedades (especialmente las europeas occidentales) son cada vez más reacias a concebir el empleo de la fuerza o la amenaza de recurrir a ella como herramienta de política exterior para defender los intereses o la soberanía nacional.

En este contexto, nuestro poder militar se convierte en irrelevante y nuestra capacidad disuasoria en inverosímil si carecemos de la voluntad de utilizar la fuerza o advertir de forma creíble que cualquier alteración del status quo podrá motivar una respuesta clara y contundente. Junto con la desafección política y la explotación del juego democrático, esta falta de credibilidad de la disuasión está motivando la escalada en el número e intensidad de las actividades estatales en esta «zona gris» que separa la paz de la guerra o la proliferación de las operaciones de información en el ciberespacio sin que Occidente pueda plantear ninguna réplica efectiva.

En el marco de las operaciones militares la situación tampoco es mejor. La volubilidad de la opinión pública doméstica y la presión de la comunidad internacional, el pánico a las bajas propias y el temor a los daños colaterales, el sometimiento a unos usos y costumbres de la guerra restrictivos y quizá anacrónicos, la ansiedad por los costos políticos y los efectos electorales de las operaciones, la exigencia de restringir su alcance, impacto y duración, la renuencia a usar fuerzas terrestres en operaciones o la necesidad de emplear la fuerza de manera limitada y restrictiva son otros elementos que pueden ser explotados por los actores estatales y no estatales que se enfrentan contra un ejército occidental, lo que hace de la unión de todos estos factores la base para la construcción del concepto de guerra híbrida.



Considerado como un tipo de guerra, el estilo de lucha característico de la Era de la Información que, fundamentado en las posibilidades que brinda la globalización y el libre acceso a las tecnologías avanzadas, se distingue por la combinación, en todos los ámbitos y fases de la operación, de acciones convencionales e irregulares, mezcladas estas últimas con actos terroristas, propaganda y conexiones con el crimen organizado, la guerra híbrida se caracteriza por la integración en tiempo y espacio de procedimientos convencionales con tácticas propias de la guerra irregular (desde propaganda, agitación, subversión, guerra de guerrillas e insurgencia hasta actividades de guerra informativa, guerra legal o ciberoperaciones), mezcladas estas últimas con actos terroristas y conexiones con el crimen organizado para la financiación, obtención de apoyos y asistencia.

En consecuencia, tal y como hemos podido observar en Oriente Medio o Ucrania, la tipología, el estatuto legal o la organización del combatiente podrían tratarse de factores secundarios a la hora de caracterizar la amenaza híbrida, puesto que aquello realmente representativo es su habilidad para emplear simultánea y eficazmente procedimientos y tácticas convencionales, irregulares y terroristas.

A este rasgo distintivo se le suman otras características que podríamos calificar de secundarias, como son: el empleo de armamento y medios tecnológicos sofisticados provenientes del ámbito civil o de arsenales de una potencia antagonista a nuestros intereses, hábil empleo de la propaganda, organización flexible y difícil de trazar y localizar, relativización de las costumbres tradicionales de la guerra.

Estas características adicionales permiten concluir que la guerra híbrida es un fenómeno que, facilitado por el fin de la Guerra Fría, la globalización y la Era de la Información, constituye la reacción natural y lógica al estilo militar occidental. Podríamos discutir si algunas características del conflicto híbrido han estado presentes a lo largo de la historia de la guerra, o que el concepto se asemeja en ocasiones a los enfoques asimétricos, pero no puede negarse que la guerra híbrida es un concepto atractivo y con fuerza expresiva por dos grandes razones: muestra gráficamente la creciente complejidad de los conflictos actuales y pone de manifiesto lo vago de las fronteras entre precrisis, crisis y guerra, entre fuerzas regulares e irregulares o entre tácticas convencionales y asimétricas. Sin embargo, desde un punto de vista académico, la guerra híbrida como teoría es imprecisa y como concepto corre el riesgo de perder su significado hasta convertirse en algo irrelevante, especialmente hoy en día, cuando cualquier actividad que pueda relacionarse con Moscú (desde su intervención militar en Ucrania, el hackeo de los correos del Comité Nacional Demócrata estadounidense, los anuncios en Facebook durante sus comicios presidenciales o la propaganda *on line* sobre Cataluña) es calificada como constitutiva de una guerra híbrida.



La guerra híbrida no sólo constituye una respuesta lógica al paradigma estratégico reinante en Occidente y una forma efectiva de enfrentarse a un adversario militarmente más poderoso, sino que constituye una importante amenaza a la que deben enfrentarse las fuerzas armadas, las que sin preparación específica, medios materiales adecuados ni Reglas de Enfrentamiento acordes a la amenaza pueden sufrir estrepitosos fracasos ante actores estatales o no estatales que adhieran a este concepto para sorprender a un sistema de defensa pensado para conflictos tradicionales, hoy cada vez más escasos.

MLL. Basado en estudio del doctor Guillem Colom Piella, Universidad Pablo Olavide de Sevilla